

DISCURSO

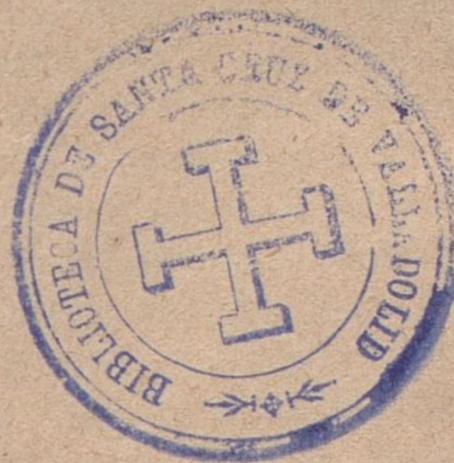
DEL PRESIDENTE DE LOS

JUEGOS FLORALES DE BARCELONA

D. ÀNGEL GUIMERA

LEIDO EN LA FIESTA DE DISTRIBUCION DE PREMIOS
QUE TUVO LUGAR EL DIA 5 DE MAYO DE 1889

(Traduccion del original catalan.)



BARCELONA

IMPRENTA «LA RENAIXENSA», XUCLÁ, 13, BAJOS.

1889

HTCA
U/Bc LEG 18-1 n°1424



1>0 0 0 0 6 0 9 0 0 8

UVA. BHSC. LEG 18-1 n°1424

no 15

legajo. 18 - 1424
p. 10

SEÑORES:

Cataluña no ha muerto. Cada año, en día como el de hoy, á propios y á extraños, á los hermanos y á los que no quieren ser tales, á los hijos de España toda y á los de más allá del reino, se les dice á voz en grito desde este lugar: Cataluña no ha muerto.

No ha muerto, nó, la hija de los escarpados Pirineos que descendió hasta el mar en la corriente de oro líquido de sus montañas; la que tuvo por cuna un leño de Anibal y mecieron con sus cantos de guerra Indibil y Mandonio; la que se amamantó á los pechos de la loba romana, sirviéndole de pañales la púrpura de los Césares; la que aprendió á santiguarse poniendo la diestra en la de Recaredo; la que se dormía y despertaba al arrullo de las consejas de Osman y de Lampegia, de Otger y de Roldan; la que aprendió á andar apoyándose en la espada de Wifredo y en la lanza de Borrell; la que tuvo por maestros á los Berengueres y por silabario el *Llibre dels Usatjes*; la que hechizó al gran Jaime, por él coronada con el roble de Mallorca y la palma de Valencia; la condenada á muerte en Caspe y envenenada por la Reina Madrastra; la escupida y azotada por los sayones de un Felipe, y clavada por otro Felipe en la cruz de Santa Eulalia; la Cataluña de nuestros amores, de nuestra añoranza, de nuestros ensueños, no ha muerto, nó. Vive en el fondo de lóbrega prision, deshonrada y triste, aguardando, como la emperatriz de Alemania de nuestra leyenda, al Berenguer que le restituya su honor y su libertad. Por esto cada año los Juegos Florales de Barcelona, heraldo de la encarcelada Cataluña, vienen á pregonar á los cuatro vientos con su viejo clarín, clarín de guerra un día, el juicio de Dios, cuyo campo está abierto al que se sienta con brios y alma bastante para tocar con su lanza de combate el escudo de la cautiva.

¿Y sabéis, señores, lo que el heraldo con el lenguaje del alma dice cada año en este día?: Yo soy el porta-voz del pueblo más infortunado de la tierra. Desde la cumbre de su grandeza fué bajando de grada en grada hasta el fondo de la más negra desventura. Fiado en su fuerza, en su virtud y en la justicia de su causa, cumplió un día su misión sobre la tierra enriqueciendo con sus altos hechos las páginas de oro de su historia. Y ora blandiendo la espada de S. Martín ó la lanza de S. Jorge dispersaba con el resoplido de su bridón de guerra las taifas de Mahoma, ora empuñando el timón de sus galeras y

taridas llevaba á todas las playas su idioma, sus empresas y las labores de sus gremios, como se sentaba á contar tesoros y victorias al abrigo de sus Lonjas y Atarazanas, ó en sus casas comunales y en los escaños de sus Parlamentos y Cortes á dictar leyes patriarcales y sabias á sus pueblos; siempre debajo de la bandera listada de rojo y gualda, que, rendida de ondear al viento del *Canigó*, del Etna y del Vesubio, descansaba á veces lacia, aguardando el estridente son de nácaras y dulzainas para agitar sus pliegues, henchirse nuevamente y chasquear al viento. Pero un dia llegó en que Aquel que es guia de reyes y pueblos quiso poner á prueba el nervio de la raza catalana. Doblaron en señal de agonía las campanas de todas las ciudades y villas de la Tierra; envolviéronse en tinieblas los corazones; lloraron los ojos, y hasta los santos de Cataluña se estremecieron en sus altares. Y aquel duelo y congoja mortal aun oprimen el alma de la raza de Cataluña, que, al cerrar por última vez sus ojos el rey Martin, descendió de la silla real y por siempre la dinastía de nuestros condes-reyes para sentarse en ella la dinastía castellana. *Humano* le llamaron al rey Martín: humano hubiera sido si, al disponer su testamento, legara las coronas de los estados de Aragón á quien por derecho le correspondía, guardando así incólume el tronco masculino: pero calló, encogiéndose de hombros al morir en Valldoncella, y el cetro de tantos reinos y condados pasó por primera vez en nuestra patria á manos de un príncipe que sólo por línea de mujer descendía de catalanes; y entonces fué cuando por vez primera, en la persona de un Trastámara, sentóse la injusticia en la gloriosa silla de Pedro el Católico, de Jaime el Conquistador y de Pedro el de los franceses. ¡No le volvais á llamar humano al último rey legítimo de la tierra catalana!

Ante el tribunal de Dios, ante aquel tribunal cuya balanza no cae al peso del oro ni de la espada, habrá rendido ya cuentas de su flaqueza, como de su parcialidad cuantos intervinieron en el embrollo de Caspe: que ¡ah! al levantar el sacerdote en la misa el cáliz y la hóstia, el dia en que proclamaron el triunfo de la mentira por encima de la razon, de la verdad y de la justicia, no sacrificó únicamente el cuerpo y la sangre de Cristo, que sacrificó tambien el cuerpo y la sangre de Cataluña.

Subieron sucesivamente al trono de la confederacion aragonesa tres reyes, los tres tiznados de extrangería, Fernando de Antequera, Alfonso el de Nápoles y Juan el de Navarra, nacidos los tres en tierra castellana; hijos los tres de padre y madre castellanos, enlazados los tres con hembra castellana, hablando únicamente los tres, desde la cuna al sepulcro, su lengua castellana. Llevaban los dos primeros el cetro de Aragon en una mano y en la otra las llaves del calabozo de Jaime de Urgel, el conde desdichado, el heredero de la corona. Ponia el último de los tres sobre los evangelios, para jurar las leyes de la tierra, aquellas mismas manos que estrangularon traidoramente al mártir

de Játiva. Los tres pugnaron por romper la fé jurada á los pueblos: á los tres odiaron los catalanes. Fugitivo salia de Barcelona Fernando, humillada su soberbia, invocando contra esta ciudad las leyes de su tierra nativa, en alto el puño amenazante. Fugitivo salia de Cataluña y de sus córtes Alfonso, pregonando ciego de orgullo y de ira las leyes de su raza; y se manchaba de sangre en Teruel y en Zaragoza, para lavarla luego en el lodo vil de las pasiones de Italia. Fugitivo salia Juan II de uno á otro reino aragonés, siempre traidor á la fé jurada, viendo alzarse á su paso al toque de rebato los pueblos y las villas, derramando torrentes de sangre catalana, acosado año tras año por sus súbditos como can maligno al cual inoculara tal vez la rábía, contagioso, el beso nupciál de la reina-tigre.

Y se acerca en tanto la union de los estados castellanos con los estados aragoneses. ¿Y sabeis, señores, por qué camino se llega á ese enlace tan cacareado como mal forjado y miserable? Pues á él se llega, no por caminos sembrados de flores, no abriéndose paso los dos régios príncipes por en medio de sus pueblos que los victorean y tienden á sus plantas las propias vestiduras, sino por sendas erizadas de oprobio, y saltando por encima de todas las consideraciones divinas y humanas.

Obstáculos inexpugnables levántanse entre ambas razas: todos caen reducidos á polvo; y la calumnia y el veneno cumplieron con la mision que el infierno les señaló sobre la tierra. En Castilla, la princesa Juana, la *excelente Señora*, fué sepultada en el fondo de un claustro; el príncipe Alfonso, en el vacío de una huesa. En Aragon, ábrese la tierra para tragarse el cuerpo, ábrese el cielo para llevarse el espíritu de aquel purísimo sér, tan idolatrado de los catalanes, de aquel *Sanct Karles primógenit d' Aragó é de Sicilie*. Tal para cual eran ya las dos coronas. Allende el Ebro, un padre disfamaba á su hija salpicándose la frente con la propia deshonra... Aquende el Ebro, un hijo recibia la muerte por voluntad de otro padre. Ya no habia obstáculos que vencer: ya el sacerdote podia bendecir los desposorios.

Pero ¿sabeis, señores, de qué manera llegaron á consumarse aquellas bodas con tanto afan zurcidas por torpes y egoistas medianeros? Pues á ellas se llegó, nó tampoco por el camino real de las nobles causas, sino saltando barrancos y despeñaderos, tal como corresponde á quien no pudiendo mostrar limpia su faz á la luz del sol, la esconde á las miradas de los hombres. ¡El, rey de Sicilia y prepotente heredero de la casa de Aragon... él, recatando su grandeza con humilde disfraz, él, acudiendo de noche como criminal al encuentro de la que habia de ser su esposa! ¡El, celebrando sus esponsales á espaldas de los Estados, el Castellano y el Aragonés, con ignorancia de las Córtes y de los pueblos de ambos reinos!

No se debió á nosotros, no se debió á los Estados de la confederacion aragonesa, la union de las dos coronas. La dignidad aragonesa y la dignidad catalana no habrian consentido, como lo consintió y lo

firmó el hijo de la reina Juana, que el rey de Aragon se obligara para toda su vida á habitar en tierra de Castilla, la cual nunca pudiera abandonar sin expreso permiso de su esposa; como tampoco hubieran tolerado el pacto vergonzoso de que las armas de Castilla y de León precedieran siempre á las armas de Aragon y de Sicilia.

Desde entonces pasó el rey Fernando á ser el *pubill* de Castilla: mas nó el que como tal aporta á la casa de su esposa mayor patrimonio del que en ella encuentra; sino el *pubill* pordiosero á quien se pisa y arrincona, echándole eternamente en cara su condicion miserable y humillante. Y eso, señores, sucedió el primer dia, y el segundo y el otro... y dura todavía! Ni basta con eso. Fernando juró tambien que antes de finir los cuatro primeros meses de su matrimonio cederia á Isabel cien mil florines de nuestro tesoro; ¡que con tales halagos conquistó la mano de una reina! ¡Y, ah, señores, que no han pasado cuatro meses, sinó cuatro siglos, y todavía corren hácia Castilla inagotables rios de oro, cual si nunca pudieran llenar el cómputo de cien mil florines á cuyo precio compramos nuestra desdicha!

Pueblos de Castilla, bendecid la memoria de vuestra reina, que supo velar por vuestras libertades, poniendo coto para siempre á la ambición de su esposo. Ella os quiso sobre todos los amores de la vida, y así disponia en el trance de la muerte que enterraran su cadáver junto al de su esposo siempre que fuese en tierra de Castilla. Pero no glorifiqueis, oh pueblos de Cataluña, la memoria del Rey Fernando, gavilan cuyas alas recortó una muger, caido y preso en las redes de ensoberbecida y turbulenta nobleza que le odiaba, rompiendo dos veces sus ataduras para emprender el vuelo hácia Cataluña, volviendo á caer dos veces en ellas para morir en sus mallas sin remision. Su ambicion nos entregó á la codicia de otro pueblo. En él durmió en vida, en él durmió despues de muerto, de espaldas á Cataluña.

Desde aquella época, señores, se declaró abierta y francamente la persecución contra todo lo que daba color y vida á este país: y dia tras dia, los estados aragonesés, como árbol que pierde sus flores, sus frutos y hasta sus hojas, se han visto arrebatat cuantó constituia su exuberante naturaleza.

Todo lo arrastró hácia la huesa la desbordada corriente del tiempo; y en ella, roja á menudo por la sangre vertida en los sitios y en los campos de batalla, hemos visto flotar en añicos, rotos y acribillados por las balas, los libros de nuestras leyes, las vestiduras de nuestros concellerses y diputados, los escaños del hogar y los altares del templo, todo, todo hecho astillas y carbonizado por el fuego de los incendios; y entre tan gloriosos despojos, pasaron tambien los cadáveres de prelados y jurisconsultos, guerreros ilustres y honrados ciudadanos, menestrales y payeses muertos en los calabozos, en la emigración, en el destierro, ó heridos al filo de la espada al pié de su

bandera; todos, mirando agonizantes, con azorados ojos, la tierra que huía á su vista. Y en medio de la corriente, asomando por encima de todos su cabeza, prieta aun al cuello la cuerda de la horca, hemos visto pasar aquel ejemplo de patricios, aquel Bach de Roda, clamando con plañidera voz que llega al alma:

No 'm matan per ser traydor,
ni tampoch per esser lladre
sino per haver volgut
que visca sempre la patria. (1)

Y llegamos, señores, al presente siglo: y con ocasion del espantable cataclismo de la guerra francesa, probó Cataluña á alzar la frente doblada al peso de tanta humillacion y rehacer su perdida grandeza. Entonces la vimos por un instante romper sus cadenas con firme sacudida, y libres sus brazos, entumecidos aun por el cautiverio, repeler el nublado de hambrientas águilas que se lanzaban aterradoras sobre sus pueblos y aldeas.

Libre el catalan como en sus mejores dias, despertaba el hierro en sus manos al toque de somaten de sus campanas. Libres é independientes se declararon las juntas de defensa de la Tierra; y los corazones de los catalanes bien nacidos se estremecieron de gozo al reunirse el parlamento de Tarragona, donde, por última vez hasta hoy, los diputados de aquel Parlamento, los verdaderos representantes del país, juraron respetar y hacer respetar y defender los fueros, constituciones y libertades de Cataluña.

Pero acabó la guerra; y se recompensó el martirio de los héroes del Bruch y de Gerona emprendiendo otra vez con redoblado y más tenaz empeño la persecucion de toda la patria. Así se le han arrebatado desde entonces á Cataluña su derecho penal, su legislacion mercantil, su consulado de mar, su escuela de comercio y sus gremios de artes y oficios.

Se le ha impuesto el servicio de quintas, esa lotería de hombres que en tiempos de nuestros padres nunca se llegó á proponer siquiera, bajo el pendon de las cuatro barras. Y se ha descuartizado el cuerpo de Cataluña abriéndolo en provincias, para que así, despedazado, las discordias le enfrien más pronto, como pan sacado del horno para saciar la gula. Pero el calor que le alentó, pese á quien pese, existe aún y existirá siempre.

Y en estos mismos dias, señores, en las postrimerias del siglo XIX, á los acordes del himno de la libertad, se han atrevido á profanar con sus toscas manos el libro de nuestra legislacion civil, rasgando sus hojas! Lo que no osaron intentar siquiera ni aquellos dos Felipes que atropellaron á Cataluña despues de haber conquistado á cañonazos la rebelada Barcelona, se ha perpetrado ahora despues de los cañonazos con que la fiel Barcelona festejó á la Reina Regente.

(1) De una cancion popular catalana alusiva á la guerra de sucesion en Cataluña.

¿Donde están los descendientes de aquellos patricios que por boca del Conde de Prades le dijeron á Juan segundo cara á cara, que los catalanes tenían leyes y prácticas muy distintas de las de Castilla, y que estaban dispuestos, antes de verse gobernados por leyes castellanas, á perder sus haciendas, sus vidas y hasta sus almas?

Esto es, Señores lo que cada año desde este lugar pregona el heraldo de la Patria; esto es lo que hace treintiun años, en los primeros con lenguaje balbuciente y tembloroso, en los que le siguieron con acento más claro y preciso, y en los últimos como el presente con voz bien alta, terminante y firme, esto es lo que os dicen de Cataluña los Juegos Florales; de esta Cataluña sobre la cual podemos exclamar con el profeta de las eternas lamentaciones: «Era grande entre las naciones y se halla hoy como viuda. Era señora de provincias y se mira tributaria. Sus enemigos se han erigido en caudillos. »Los que la aborrecen prosperaron. Todos abrieron sobre ella su boca, »chillaron y rechinaron sus dientes y dijeron: devorémosla; que cierto »es que este es el dia que esperábamos.»

Mas no ha llegado, nó, este esperado último dia para Cataluña, como llegó para la Jerusalem cautiva. No han exprimido aún bajo sus plantas la última gota de su sangre, como la uva en el lagar el dia de la vendimia; no la arrojaron aún al fondo del sepulcro, dejando caer encima la pesada losa. Que, si al instaurarse los Juegos Florales reavivando el amortiguado rescoldo de aquellos privilegios de ciudades y de particulares, otorgados por nuestro amado rey Carlos III de Austria, pocos fueron los buenos patricios que saludaron aquella instauracion en la Sala del Consejo de Ciento de Barcelona, ya el incendio se propagó desde aquel dia de corazon á corazon, de año en año, por todas las ciudades y villas y lugares de la tierra, hasta llegar á este momento en que despertó por completo el espíritu regenerador. No existe ya un valle, ni una vertiente de montaña donde no se sienta pesada la carga de tantos oprobios, donde no se añore con la mas honda tristeza cuanto daba a nuestra raza vida de nobleza y de libertad. Y hoy, el labrador, cuando remueve la tierra, empuñando el arado, bien sabe que es toda suya, ganada por sus abuelos á la gente africana, defendida palmo á palmo de las que vinieron despues á atentar contra su independenciam; bien sabe que ha de defenderla con su vida porqué es la herencia de sus hijos y ha de cubrir un dia sus restos como cubrió los de sus padres. Y hoy, el hijo de la antigua y señorial masía vuelve á mirar con amor el arca de la desposada que guarda los pergaminos de sus ascendientes, y el desvencijado sillón de cuero en el que, aún herido, se revolvió de ira el abuelo de cana cabellera, al ver como la mano del verdugo encadenaba en la mesa la cuchilla. Y hoy el sacerdote en la misa al dirigirse al pueblo, sabe bien cuál era el espíritu que animaba á aquellos venerables sacerdotes que duermen á sus piés el sueño eterno bajo las losas de la iglesia, y harto sabe tambien lo que sig-

nifican y lo que piden aquellos agujeros que abrieron las balas en la puerta mayor que como si fuesen ojos le miran.

¡Y á Dios gracias, ya empiezan á dar sus frutos tan saludables retoños! Mirad por todas partes á nuestra querida Ciudad. Junto á la puerta del Municipio de Barcelona, se yergue á un lado la estatua del gran rey diciendo al pueblo: «acuérdate de lo que eras; de la altura á que te alzé, de cuanto adquiriste y te has dejado arrebatarse: enseña á tus hijos á rescatarlo.» Y al otro lado la estatua del noble ciudadano diciendo á los reyes: «advertid que los catalanes piden sus leyes y que vuestros pasados juraron respetarlas; enseñad á vuestros hijos á devolverlas y á cumplirlas; recordad que del polvo os hicimos yo y los míos, y que al polvo podemos volveros.» Las calles de la nueva ciudad que se extienden por donde rodaban los cañones de los enemigos de Cataluña cuando por sus bocas de infierno desahogaban contra ella su ira, ostentan hoy los nombres venerados de sus héroes y de sus mártires. Este recuerda á los vivientes y á los que vendrán, aquel último Conde de Urgel; ese, aquel último Conde de Pallars, retoños arrancados del robusto tronco catalán: y los Tamarits, y los Fontanellas y los Borrells, y los Laurias, y los Clarís y los Casanovas se cruzan y enlazan amorosamente con las calles que se nombran Aragón y Mallorca, Valencia y Córcega, Nápoles y Cerdeña, Rosellon y Sicilia y tantas otras joyas de la Corona aragonesa harto grande para los desmedrados seres que la ciñeron despues como birrete de juglar. El cadalso de piedra á cuyo pié vivió aherrojada Barcelona, la espantosa y aborrecida Ciudadela, ha caido para siempre; y nosotros, los catalanes de hoy, hemos purificado de rencorosas venganzas aquel sitio haciendo que en él se abrazaran todas las naciones de la tierra. Y los cuarteles que se titulaban del Infante Felipe y del Príncipe Pio se llaman hoy de Jaime I y de Roger de Lauria, nombres mas gratos, mucho mas gratos que aquellos, á la tierra catalana. Cayó el baluarte de Atarazanas despues de haberse revuelto cien veces contra Barcelona, bajo el látigo de virrey de los Santa Coloma, y en su plaza se ha erigido hasta las nubes prepotente columna desmintiendo la venta de las joyas de Isabel, y dando testimonio de cómo no hallándose en Castilla un puñado de oro á cambio de un mundo, fué la Corona aragonesa la que con su propio tesoro la arrancó del mar del olvido para regalarlo á España, á esta España de Castilla que agradeció el presente de un mundo, ofrenda solo digna de un Dios, privando á Cataluña de comerciar con América.

Por donde quiera la idea de la Patria se ha hecho hombre. Peregrinos convencidos de la causa salvadora, van recorriendo los catalanes en fervorosa romeria las ruinas de los profanados monumentos de la Patria. Nacen y se propagan las Asociaciones inspiradas en el amor á la Tierra; nuestros hermanos se reconocen y se abrazan, se dan la bienvenida y se confían sus temores y esperanzas. Y en represen-

cion palpable de toda esa oleada redentora, se levanta otra vez, como despertando de larga pesadilla, el panteon de los Condes de la raza catalana, el venerable Monasterio de Ripoll, simbolo augusto de la independència de la Pátria, que se adorna nuevamente con sus mejores galas para consagrar otra vez trás una decena de siglos la reconquista de nuestra Cataluña del yugo de los sucesores de aquellas mismas cáfilas moriscas.

Ah, sí, señores; no ha terminado la persecucion, pero ha empezado la resistencia; vomita aún el Vesubio la lava de su cólera, pero nosotros removemos con nuestras manos las endurecidas cenizas, y vamos descubriendo á los besos del Sol de la libertad esta inmensa Pompeya tanto tiempo soterrada que se llama Cataluña. Lluven aún sobre ella pertinaces las ardientes cenizas, pero nosotros trabajamos más; y al descubrir los cimientos y las ruinas del que fué barrio de Ribera, esparcimos por Cataluña toda el espíritu de aquel tiempo que sorprendimos oculto y acurrucado en lo que fué el hogar de nuestros mayores, y hemos modelado con nuestras amorosas manos la figura del venerado Casanova, como modelaremos mañana, fundiendo con el bronce la esencia de nuestra vida, la figura del venerado Claris, para hacer otro dia con el Presidente de la Diputación Catalana lo que ayer hizo nuestro juventud entusiasta con el último Conceller *en cap* de Barcelona: coronarlo de flores y resguardarlo con nuestro pecho de las tempestades de Poniente bajo los pliegues de nuestra bandera.

Mas si fueron los Juegos Florales de Barcelona, con su exclusiva é íntima fuerza, los que al nacer dieron cuerpo á la gloriosa protesta que hoy se apoderó del ánimo de toda la Tierra, otro elemento de grandes resultados vino á centuplicar las energias de nuestro corazon para derribar al fin las pesada muralla; y es la incesante y cruel y despiadada persecucion contra cuanto es genuino de la Pátria: contra nuestras leyes, contra nuestras costumbres, contra nuestra lengua, contra nuestro comercio, contra nuestra agricultura, contra nuestra industria, contra cuanto arraiga en lo mas profundo de nuestro ser: esponja empapada en hiel y vinagre, que ayer, hoy, mañana y siempre se nos restrega por los labios encendiendo nuestra sangre y haciéndola correr desbordada por las venas, fortaleciéndonos contra tanta sufrida humillacion de un pueblo sobre otro pueblo con este eterno ¡bebe! ¡bebe, si no de grado por fuerza, Cataluña! dicho en lengua forastera que desde el nacer al morir resuena como fátidico aullido en el fondo de nuestra alma.

La lengua de Castilla... Encantadora y rebosando armonía cuando sale de unos labios generosos, allá en las verbenas de San Juan y en las romerías de San Isidro; entre los sembrados de Valladolid y Zamora; en las férias de Sevilla y de Granada; allá, entre ellos, en boca de una muger que ama, de una madre que llora, de un sacerdote que reza, de un niño que sueña con los ángeles. Uraña y

desabrida en Cataluña, cuando la oye en nuestras escuelas el corazón del tierno niño á quien se castiga porque su madre no le enseñó á hablarla en la cuna. Triste y ruda, cuando arrancado á su nativa tierra, el joven recluta la oye en boca del cabo, del sargento que lo alinea y talla ó que de noche le despierta cuando sueña con su amada y con su madre, para ponerle en las manos un fusil y un puñado de cartuchos diciéndole: «pronúnciate, apunta, mata». Repugnante y odiosa cuando el jefe de familia la oye del investigador y del comisionado de apremios, plaga de los yermos de la Mancha que cae sobre los pueblos á deshacer á espaldas de los gobiernos los nudos de la cuerda con que la Hacienda agarrota al labrador, al industrial, á todos, desde el mas pobre al mas rico. Aborrecible y desesperadora cuando vamos á morir, y el Notario la impone á nuestros labios hasta en aquel acto mas íntimo en que hacemos entrega de los bienes de la tierra y vamos á dar el postrer adios á los hijos y á la Pátria. Hasta el instante de la muerte, Señores, se nos acosa con esta servidumbre humillante, y gracias aún que los gobiernos no disponen á su antojo de la Iglesia, que si de ella dispusieran ¡quién sabe si intentarían cerrarnos las puertas del cielo exigiendo del sacerdote que nos negase la absolucion si no se la pedíamos en aquella lengua.

¡Ah, señores, si resucitasen nuestros primogenitores! ¡Ah, si los caudillos y los prelados que son polvo en Ripoll, en Poblet y en Santas Creus, recobrasen su carnal vestidura! ¡Ah si se removiese la tierra en los cementerios de las aldeas y en los campos de batalla y se alzasen las losas del Claustro de la Seo de Barcelona y de todos los templos para abrir paso á los ciudadanos dignos y á los menestrales honrados! ¡Ah, si del sepulcro de mármol en que duerme en la Catedral de Tarragona se levantara el gran rey y gran padre de Cataluña! ¡Cómo todos, al ver la servidumbre y bajeza de la tierra, al vernos mendigar junto á la mesa que es bien nuestra las migajas que aun se nos niegan, al ver hecha un giron alicaído nuestra bandera, cómo volverían todos á morir de vergüenza!

Fuerza es pues, señores, que no interrumpamos un solo instante esta ardorosa campaña que llevamos emprendida. Hagamos como nuestro rey Jaime, que en el *Puig de Santa Maria* juró no levantar el cerco de Valencia hasta haberla vencido. No descansemos más que el instante preciso para tomar aliento y revistar las huestes que de todos lados llegan á engrosar nuestra causa. Causa noble y justa, y Dios está con ella; como está siempre al lado de la justicia y de la nobleza. Alta, bien alta la frente podemos exigir de Castilla, de los gobiernos de Castilla, que se trate á Cataluña como por justicia y hasta por gratitud merece ser tratada nuestra nacionalidad. Por justicia; pues no hay derecho á que un pueblo, á que una raza entera á la cual se arrulló un dia con palabras de fraternidad entre á martillazos dentro de un molde en el cual no cabe; ni hay derecho á contrahacerle cubriéndole con agenas vestiduras, cuando este pueblo

no quiere consentir en que se le disfrace. Siglos ha que Cataluña protesta, ora en paz, ora en guerra, de que es y de que quiere ser catalana.

Y por gratitud, señores, y por gratitud, no debe ni puede Castilla atentar á la vida de Cataluña. ¿Cómo osaría olvidar aquella nacionalidad todo lo que debe á la nuestra? En nuestros tiempos ¿por quién sino por Cataluña y por alguna otra region ibérica representa toda España el papel de nacion avanzada en el concierto de los pueblos de Europa? Si por rebelde la tienen, que no pueden, decidles que hagan con Cataluña lo que Dios con los espíritus que se rebelaron; que la arrojen de su lado; y entonces, mientras Francia se encuentra entre dos Bélgicas, ellos, perdida una de las áncoras que les sujetan á Europa, acaso un dia de vendabal navegarian con rumbo al Africa.

Y volviendo á remover el pasado: ¿cómo puede ser Castilla ingrata para con Cataluña y para con los demas estados de la confederacion aragonesa? Castilla debe agradecersele todo: hasta su independencia. Nunca, nunca Aragon con todo su inmenso poderío codició la posesion de Castilla. Ya por respeto al vecino y al hermano, ya por temor de que su dominio sobre el pueblo de Castilla, emponzoñando su carácter, le fuese funesto, ni en la fantasía de los sueños pensó en sujetarlo. Todos sus ideales de conquista se dirigian hácia Oriente: á Sicilia, á Milán, á Argel, á Nápoles, á Grecia, á la Tierra Santa; nunca, nunca hácia las tierras ponentinas. Fué á Castilla, sí, el poder de la casa aragonesa: corrió allí y en sus llanuras y montañas encharcó la sangre generosa de las venas: pero fué solo para defenderla contra sus enemigos: despues repasaba satisfecho la frontera y buscaba otra vez el reposo en sus hogares. Dígalo Almería, dígalo Cuenca, díganlo las Navas. Bastárale á Aragon para hacer suya á Castilla volver los ojos á ella y abrir la mano. No lo hizo y... en cambio le regaló un reino: el de Murcia. ¡Bien nos lo paga!

Sí, nos lo paga: valiéndose de la vida que le dejaron, para encadenar á su voluntad á este pueblo. ¡Ah, señores! Los pueblos se enlazan con el oro purísimo del amor y del respeto, y han querido soldar los grilletes con el metal mas basto; con el plomo del ódio y de la envidia: plomo al fin de las balas de los sitios. ¡La union de las pátrias! Hermosa, augusta hubiera sido, hecha como la de aquellos compañeros de guerra que se ataban por la cintura á una cadena para combatir por una misma idea y vivir ó morir en fraternidad inquebrantable; no como se ha perpretado esa union aviesa: la de aquellos que se ódian, y atados por los cabos de una faja, riñen y se revuelcan apuñalándose hasta que sucumben uno de los dos ó ambos. Atrás esta union entre dos pueblos: atrás la union del cáncer al cuerpo para atosigarle la sangre, arraigar en la carne viva y martarlo.

Vosotros, municipios de la tierra catalana; vosotros que recogisteis la menguada herencia de aquellos nobilísimos Consejos contra los cuales se estrellaba el arrogante empuje del despotismo: ya que no las gramallas sobre el pecho, llevad dentro del corazón otra vez el espíritu por ellas simbolizado. Volved á usar el nativo idioma en todos los actos de la vida los que dejasteis de hablarlo. Harto tiempo llevais ya de ser instrumento de los que se sirven de vuestros hombres como de escabel para su codicia, y que al alcanzar el lugar que ambicionaron, desde él os escupen y escarnecen. Sed solo municipios de Cataluña. No querais ser corporaciones bastardas para la madre Tierra. Más que la línea férrea que humildemente pedís en vano, y el puente que nunca se os concede, nos conviene á todos el camino que nos guie á mejores días: el puente que una al pasado el presente de Cataluña. Y vos, municipio de esta Barcelona que es cabeza de nuestra patria, sean vuestros evangelios los gloriosos dietarios de la ciudad; inspiraos en sus páginas, que ellas os hablan á voz en grito el lenguaje de la honradez, de la dignidad y del heroísmo. Bautizásteis las calles de la nueva Barcelona con los nombres de los condados y de los hombres que representan la protesta de Cataluña contra los que atentaban á sus fueros y roían su independencia: Pallars, Urgell, Clarís, Casanova y otros cien. Si llevais en el corazón sus magnánimos sentimientos. Llevadlos asimismo en los labios. No son de catalanes el fingimiento ni la cobardía:

Y vos, el episcopado de la tierra catalana: no transijais nunca con la tiranía de la patria. A ser posible que olvidarais vuestra misión en Cataluña, la historia de la Iglesia vendria á recordároslo, y los templos del viejo Principado se estremecerian desde sus cimientos á la cumbre de sus torres. Para que la plegaria del católico llegue á las plantas de Dios, fuerza es que se serene antes su espíritu; y, ay, que cuando el alma está abrumada, la oracion no brota pura de la fuente de los labios y la mano que para descansar soltó la espada ó el fusil, desgrana trémula y torpe, las cuentas del rosario. Episcopado de Cataluña, volved la vista al episcopado de Polonia y de Irlanda. Sois los pastores; no se guardan, nó, las ovejas cerrando los ojos. Que con los vientos que llegan de allá donde se pone el sol no bambolee jamás en vuestra cabeza la mitra de San Olegario, ni se quiebre en vuestras manos el báculo de la catedral de Barcelona, que puro y sin torcerse os legó el obispo Sala!

Y vosotros, catalanes todos, así los que regís vuestros palacios de la industria sobre cuyas techumbres clavó pabellon de extrangeria la mano de España, como los que en las sencillas y señoriales masadas guardais la cepa de abolengo á despecho de los que las empobrecen; así los que paseais por los mares todos los despojos de nuestra colossal marina, hoy sepulturas flotantes del génio mercantil de Cataluña, como los que vivís descansadamente de vuestras rentas en las ciudades y villas populosas, ó ganais vuestro sustento con el jor-

nal diario, honrados menestrales y labriegos de encallecidas manos y corazón de cera; tanto los que en los templos y en las aulas y al pie de la cuna enseñais los caminos del cielo y de la tierra, como los que sois infancia y juventud y esperanza de la Pátria; por encima de todo y de todos amad á Cataluña, sobre cuyo suelo no cae una hoja que no sea sobre ceniza de patricios, y donde no se mueve el más leve soplo de aire que no traiga de pasadas generaciones clamores y suspiros y gemidos y besos.

Unidos todos hemos de llegar á donde queramos como llegamos en otros días; y no iremos solos, que iremos enlazados con otras razas de España que también viven opresas, y que forman hoy con nosotros los granos maduros de esa granada que revienta ya por cien partes. Ellos valen lo que nosotros; su vida es tan miserable como la nuestra. Pero han visto ya también el camino que vamos desbrozando, y nos salen al paso tendiéndonos amorosamente los brazos.

Yo, desde este lugar, por todos los buenos catalanes, les envío la salutación de fraternidad que rebosa de nuestra alma; les doy la bienvenida y los abrazo estrechamente.

Saludo á Basconia, madre desconsolada que se abraza como á la cruz de Cristo al árbol santo de Guernica, el cual arraiga en el sepulcro de sus héroes y en cuyo follaje anidan sus esperanzas. Sus hijos vinieron un día á Cataluña para ayudarnos á expulsar á los árabes de nuestras comarcas. Juntos hemos luchado. Si un día nos perdiéramos, por el ruido de las armas nos reconoceríamos.

Saludo á Navarra, un tiempo bajo la misma corona de Cataluña. Ella idolatraba como nosotros á Carlos de Viana. Ella meció su cuna; nosotros sellamos su sepulcro. Ambas sentimos en la boca todavía el amargor del veneno que le sirvieron. Juntas hemos llorado. Si un día, con las lágrimas, no nos viéramos, por los lamentos nos reconoceríamos.

Saludo á Galicia, añoradiza y paciente como Cataluña, una y otra motejadas de egoistas y de sórdidas; y por ellos una y otra disfrazadas con análogos arreos para que diviertan, apayasadas y ridículas, en el escenario de sus teatros. Juntas hemos sufrido y sufrimos. Si un día nos olvidábamos, por sus carcajadas nos reconoceríamos.

Y saludo también á la nación aragonesa, á Mallorca, á Valencia, que duermen mientras vela Cataluña recibiendo el beso de Judas; que duermen, á pesar de que por nuestros ideales sienten latir su corazón, como si escuchasen el galopar que se va acercando del corcel del rey Jaime. Pronto despertarán para decirnos: aquí estamos ya, hermana; ya ha llegado otra vez el Rey conquistador.

Y os saludo también á vosotros, desgraciados pueblos de Castilla. A tí, Castilla, sí, que mueres de inanición y de hambre, sin ideales que endulcen tus tristezas. Vuelves la vista al suelo, y le miras yermo y rugoso como cara de decrepito; la levantas al cielo y te lo velan nubes de langosta. Tus hijos se abrazan á tus rodillas pidién-

dote pan, y ves pasar perezosas y vacías las tardas carretas. Escuchas, y oyes como se van los rios hacia el mar sin regar la tierra ni prestar humildes su tributo á la industria, señalando solo el camino de la emigracion y de las lágrimas, en tanto que á tí llega de lejos en estruendoso concierto la escandalosa algazara de los parlamentos y de los toros; y de mas lejos aún, las imprecaciones de todos los pueblos de España, y traído por las olas del Mediterráneo que ayer acarrearón sobre sus espaldas las triunfadoras naves catalanas, te llega solo el clamoreo de otros pueblos desgobernados que aborrecen á los *castilas*. Y no teneis vosotros toda la culpa; ni es contra vosotros, pobres hijos de la nacion castellana, contra quien se alza el grito de las demás naciones españolas. Culpables sois tan solo de haber hecho cándidamente donación en vida de vuestro espíritu y de todas vuestras energías á un puñado de hombres que ostentan vuestro nombre, que os han arrancado las entrañas, y tan altos han puesto en Madrid sus sillones que dan sombra al trono. Víctimas sois, como nosotros, de sus fechorias. Un dia, embrizada la lanza aventasteis hasta el mar las turbas de Mahoma; otro dia, espada en mano, incendiábais las naves enseñoreándoos del corazon de América. Y hoy se os encuentra sentados, con la pluma tras de la oreja, en todas la ciudades y villas de España. Cuando clama Cataluña, no clama contra vosotras; ni ambiciona imponeros su lengua, ni sus leyes, ni hacer os á imágen suya. Sed lo que sois, si lo quereis, hasta la consumacion de los siglos, pero dentro de vuestra casa, y que se nos deje á nosotros ser lo que éramos. Mas vivís en pleno invierno y os encamináis á la muerte; mientras que nosotros llegamos ya á la primavera que nos conduce á la regeneración y á la libertad del que vive en plena vida.

Y vosotros, gobernantes de Madrid, los que disponeis como de tierra abyecta de todas las antiguas nacionalidades de España, seguid tapándoos los oidos á sus gritos de desesperacion. Nada os ha importado que por siglos y siglos, Cataluña se queje, se irrite, tome las armas, caiga herida y vuelva á alzarse para emprender otra vez la larga cuesta de su calvario. A vosotros nada os importa; acabais de rasgar el libro de sus leyes civiles: Cataluña en peso ha comenzado por juntar las manos suplicante; indignada después, ha levantado el brazo en señal de protesta: vosotros contestásteis con el desprecio del silencio y habeis arrojado las hojas del sagrado libro al rostro de Cataluña!

Todo está en calma: los Juegos Florales de Barcelona celebran hoy otra de sus solemnidades. Dispuesto está el trono para la reina de la fiesta: las flores embalsaman el ambiente; el dia es alegre y espléndido; el sol cae á plomo por valles y montañas. Pero en dias como el de hoy es cuando surgen del suelo, callados y ocultos á la vista del hombre, los vapores que mañana han de condensarse en nubes para

caer otra vez en lluvia y tempestad purificando el aire y sazónando la tierra.

Todo, todo clama contra vosotros: los antiguos estados españoles os aborrecen, los estados extranjeros os desprecian. Y por si no bastase, preguntadles si quieren ser gobernadas otra vez por vosotros, á esas regiones que ayer dentro de la península eran patria española y que en el naufragio de esta desventurada nacion se han acogido á otras playas. Preguntadle á Gibraltar, preguntadle al Rosellon, preguntadle á Portugal si añoran su antigua patria española, y tomarán la pregunta por un insulto, y enarbolarán más altas sus banderas.

Señores de Madrid, habeis desequilibrado las balanzas de la justicia; en la una poneis vuestros vicios y en la otra la sangre y el oro de Cataluña. Señores de Madrid, hicisteis pedazos la espada de la ley arrojándola al Ebro, entre los dos pueblos. Pero el Ebro la escupe, y aquellos pedazos punzan y cortan. Encendisteis la lámpara del rey de Morería, la lámpara del odio que arde ante la Virgen de Montserrat y Dios prohibió que la encendiérais. Pues yo os digo ante esta Santa Virgen, poniendo mi alma en Dios y mi corazon en la patria, yo os digo ante ella que ostenta en su cabeza la corona de Cataluña esperando las manos amorosas que la recojan para ceñirla otra vez á la frente de la cautiva, yo os digo señores de Madrid: la Tierra está conturbada y llora lágrimas de desesperación y de ira; Clarís y Casanova llaman en sus sepulturas; vibran las campanas de los somatenes, y las armas se mueven solas sobre la cabecera del lecho de nuestros payeses.

Ah, señores de Madrid que la paciencia de Cataluña se agota!

•
¡Apaguéu aqueixa llántia,
sinó 'l mon s' enfonzará! (1)

HE DICHO.

(1) Versos finales de una canción popular catalana alusiva á cierta lámpara que se guarda en Montserrat, lámpara que se supone proceder de un rey moro, y que no puede encenderse, segun cree la tradicion, porque se hundiria la tierra.